



Tribuna

César Cecchi

Por FILEBO

En el verano del 81 fuimos huéspedes de Matilde Urrutia de Neruda, en su casa de Isla Negra. Una tarde, a la hora del "piscolabis", apareció por ahí un hombre singular a quien creíamos conocer y al que en realidad hasta entonces desconocíamos: el doctor César Cecchi. Nos invitó, esa tarde, a presenciar el espectáculo de una puesta de sol desde el mirador de uno de los ventanales de la casa de Neruda. Mientras la demostración del sol que se hundía en el Pacífico nos dejaba en estado hipnótico, se oía la voz del doctor Cecchi comentar con raro aplomo crítico cada uno de los detalles del fenómeno. Una vez devorado el sol por el mar, pongámonos así, el doctor Cecchi pasó a otros temas afines, todos relacionados con la estética de la naturaleza en diversos puntos nobles del planeta.

Al doctor César Cecchi estaba de devorarlo la muerte; así, de pronto, sin aviso previo. Devorado o tragado, pensamos, de la noche a la mañana, por esa incomprendida estética de la muerte, Cecchi no dio ni un paso en su existencia que no estuviese dominado primero por leyes esenciales del arte. El último, que significó la fractura del fémur y luego la instancia repentina de la muerte, se produjo, con motivo de la lluvia más copiosa de esta temporada, en los alrededores de su retiro prematernalista en La Florida. ¿Con quién comparar a Cecchi? ¿Con Walter Pater? Puntilloso, exquisito, examinador de todos los frutos de la inventiva del hombre, atesoró en su cabeza un mundo de sabiduría. Esta sabiduría fue más estimulante, más saludable y vital, desde luego, que el don muchas veces hipotético y arqueológico de los bibliotecas.

La sabiduría de Cecchi se desparramaba a manos llenas. Entre pobres y ricos, entre cultos e incultos, entre moros y cristianos.

Una noche de este verano, comiendo en casa de Jorge Mario Méndez, autor de "Los rostros ardientes", obra escrita bajo el acicate activo de César Cecchi, nuestros ojos se detuvieron a contemplar los gafas, gruesas como saleros, del esteta por antonomasia que teníamos enfrente. Nos acompañaba en aquella reunión la bonhomía de Tulio Lagos Valenzuela. Las gafas de Cecchi nos revelaron de pronto su verdadera identidad. Debe de usarlos, nos dijimos en nuestro fuero interno, porque padece de "delirio de belleza". He aquí el "mal" incurable que ni siquiera lograría curar la muerte. Como se sabe, Cecchi murió en el sueño profundo y feliz de la anestesia.

Cecchi, el esteta. Aquella noche confesó: "No nadé para

Cesar Cecchi [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cesar Cecchi [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa